



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Lora Cam, Jorge
PERÚ: LA DÉBIL REAPARICIÓN DE LOS SUJETOS BAJO SUBALTERNIDAD ELECTORAL
Bajo el Volcán, vol. 2, núm. 3, segundo semestre, 2001, pp. 99-120
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28600306>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

PERÚ: LA DÉBIL REAPARICIÓN DE LOS SUJETOS BAJO SUBALTERNIDAD ELECTORAL

Jorge Lora Cam

RESUMEN

La realidad política peruana de fines del siglo XX cuestiona la conveniencia de definir con el nombre de democracia el régimen político de este país andino. No obstante que los últimos procesos electorales fueron competitivos, con libre posibilidad de organizarse, de expresarse, de moverse, en fin, con participación ciudadana, estuvieron totalmente controlados y manipulados por el poder. De este modo, las elecciones sólo constituyeron un mecanismo más del sistema de dominación.

ABSTRACT

The analysis of Peruvian political reality at the end of the twentieth century leads us to question the convenience of defining as a democracy the political regime of this Andean country. Despite the fact that the last electoral processes were competitive, with the possibility of free organization, expression and movement –in short, with civic participation– they were completely controlled and manipulated by power. In this sense, the elections only represented one additional mechanism in the system of domination.

LA SUBALTERNIDAD ELECTORAL

Perú, país andino, amazónico e indígena, durante su largo sometimiento colonial no dejó de luchar contra autoritarismos y dictaduras de españoles, criollos oligárquicos y sus fieles defensores: las Fuerzas Armadas. Este pueblo nuevamente está en escena, pero limitado por el Estado y sus cómplices de la oposición democrática, a la lucha electoral; algunos

dirán que han asumido la defensa de sus derechos civiles y políticos, lo cierto es que están atrapados en la esfera de la delegación del poder, en la trinchera de la falsa representatividad sin rumbo, pues desde siempre raramente algún candidato cubre parcialmente sus expectativas; y, desde hace una década, el sometimiento mediático les ha quitado el acto de pensar con autonomía. En el actual momento histórico el pueblo peruano sufre de desidentidad, de confusión, alienación, amargura, dolor. Otra vez fue a las urnas –el 8 de abril–, a ejercer la democracia representativa, a votar por una de las tres fuerzas más importantes del espectro político-electoral: el representante del APRA, Alan García, acusado de masacres y de institucionalizar el narcotráfico en las Fuerzas Armadas y la corrupción en el Estado, quien dice que hay que aprovechar lo bueno del imperialismo y desechar lo malo; o por Lourdes Flores, representante de la derecha católica conservadora, racista y asociada al Opus Dei, o por Alejandro Toledo, político cholo-norteamericano “moderno”, neoliberal y duro combatiente contra el Fujimori corrupto y fraudulento, pero con gran respeto por el Fujimori del proyecto neoliberal, dada su formación como economista de Harvard y del Banco Mundial. Tres supuestos antifujimoristas impuestos desde arriba, ninguno previamente elegido, y todos con sospechosas relaciones ideológicas, políticas o culturales con el fujimorismo, es decir con las Fuerzas Armadas y su proyecto antisoberano y sus poderes ocultos, transnacionales, ahora agazapados bajo las sombras.

Para la segunda vuelta llegaron Toledo y García, ambos herederos de Fujimori, el primero ideológico y el otro de la impunidad. No es difícil deducir que cualquiera de ellos le convendría al gran elector, los Estados Unidos, pues peor sería mostrar –una vez más– lo inservible de la democracia neoliberal como lo mostraban las encuestas antes de esta vuelta. Según la empresa Datum antes de las elecciones la respuesta a ¿por cuál candidato no votaría?, el 41% respondió por Alan García y el 31% por Toledo, o sea que un 72% no votaría por alguno de estos candidatos. Si correlacionamos este dato con el grado de desaprobación de la actuación pública de ambos, que pasa del 50%; podemos decir sin escrúpulos que por lo menos un 75% no estaba de acuerdo con la representatividad de

este evento, mostrando una inmensa desconfianza en candidatos nunca seleccionados por ellos. Y, es más, quizás un dato más importante: los que no votarían (28%), los indecisos y los votos en blanco y nulos (16%), suman más del 44%. Entonces quien ganó según esa encuesta fue el ausentismo y los votos blancos nulos y viciados, evidenciando una enorme incredulidad y que el panorama electoral era realmente sombrío.

Cómo no va haber desconfianza si un criminal y delincuente es candidato finalista. Un sujeto que cuando fungió de Presidente logró dos millones por ciento de inflación acumulada, una caída del 75% en los salarios reales, la desaparición de 500 mil puestos de trabajo. Paralizó la inversión, no obstante gobernar con y para los 12 apóstoles (los más grandes empresarios mafiosos), y consiguió que el PIB decrezca en 7.4%. Las masacres, asesinatos y desapariciones se volvieron pan de cada día y la respuesta popular no fue menos violenta: cientos de huelgas, decenas de paros armados, miles de acciones armadas protagonizadas por los guerrilleros crearon una espiral incontrolable. Así como García fue elegido gracias a Izquierda Unida, Fujimori fue un logro de ambas fuerzas. Las familias de la oligarquía: Romero, Wiese, Picasso, Nicolini fueron quienes financiaron su campaña y en compensación hasta los subsidios, líneas de crédito, tarifas especiales, política fiscal y tipo de cambio para los pobres también eran para ellos. Respecto a la política exterior frente a los Estados Unidos su ataque a la deuda externa fue más un discurso que realidad pues terminó pagando más del 10%, rescindió contratos petroleros y al final les otorgó ventajas adicionales. Alan García dejó rastros de sangre inolvidables que Fujimori se los achacó a los guerrilleros: 10 mil asesinados y cinco mil detenidos desaparecidos, institucionalizó el escuadrón de la muerte Rodrigo Franco, la tortura y los infrahumanos centros de reclusión. Recordemos que la amnistía a crímenes de lesa humanidad y demás asesinatos decretada por Fujimori –poco antes de salir de la Presidencia– no sólo buscaba salvarlo a él, a la mafia y a los militares criminales sino también a García, de quien mucho habló –para legitimarse pero que en concreto no movió un dedo para enjuiciarlo siquiera por ladrón– mientras estaba en su exilio dorado protegido por el gobierno francés y la Internacional Socialista.

Ahora ofrece un Plan Colombia para el Perú, mejorando sus ofertas pasadas cuando la DEA y la CIA se apoderaron de la amazonía y de los servicios de inteligencia. De Toledo es poco lo que podemos decir pero quizás baste recordar que fue un fiel servidor de USAID y del Banco Mundial; igualmente lo fue su compañera respecto a las empresas filantrópicas de las trasnacionales de la UE. Los compromisos que han ido adquiriendo ambos candidatos en sus trayectorias políticas los obliga a servir a los Estados Unidos y a las corporaciones y burguesías trasnacionales. De allí que no había que buscar el mal menor, entre la silla eléctrica y la cámara de gas, como algunos analistas calificaron al proceso. Frente a la memoria de los mayores y la falta de ella en los que recién lograron los años que les permitían votar, por lo menos una cuarta parte de los electores estuvo indecisa, sin saber por quién depositar un voto obligatorio ante la amenaza de sanción de multa. Posteriormente, en el mes de mayo, el poder pudo probar una vez más la eficacia de los medios de comunicación. Bastó un acuerdo –tácito en algunos casos y explícito en otros– entre candidatos, la ONPE y todos los interesados en que gane uno de los dos candidatos para que se desate una campaña contra el no votar, el voto viciado o en blanco. El mecanismo consistió en decir por todos los medios, concertadamente, que cada día bajaba el número de adeptos por estas preferencias y era complementado con la creación de un espectáculo de competencia donde desaparecía la tercera opción.

Y, ¿qué expresan los resultados finales postelectorales? Los reportes de la votación en el exterior, donde hay millones de autoexilados y exilados son alarmantes. Las elecciones programadas de las 8 a las 16 horas, comenzaron al mediodía con innumerables anomalías y gran ausentismo. En el Perú ocurrieron fenómenos de injerencia como es el caso de la OEA y de la ex Secretaria de Estado Madeleine Albright que abiertamente apoyó a Toledo. Hubo denuncias de manipulación del voto en blanco con la anuencia de observadores y personeros. En la primera vuelta las cifras “oficiales” dadas en el proceso de contabilización de votos fue 30% mayor. En la primera vuelta 11% votó en blanco y 2-3% viciado y en la segunda se invirtieron estos porcentajes, manteniéndose la abstención en alrededor del 19%. Los resultados presentados días después al 98.56% del escruti-

nio dan a Toledo un 53.06% y a García un 46.94%. De estas cifras debemos aclarar que los porcentajes señalados se calculan después de descontar el 13.75% de votos emitidos calificados como no válidos y el 18.45% de abstenciones. Por lo tanto, si los electores eran alrededor de 15 millones y votaron 10.3 nos quedan 4.7 millones de abstenciones y votos viciados y en blanco. En resumen, pocos días antes de las elecciones del 3 de junio, por lo menos 2/3 (diez millones) no querían votar por alguno de los dos candidatos sólo aceptados por un sector del electorado; de ellos, un 20% aproximadamente fue convencido por los medios para hacerlo y más de un 30% votó en blanco, viciado o no votó.

Esta concepción de la ciudadanía coercitiva es una muestra más de que la democracia continúa siendo coerción recubierta de consenso y alienación, en particular en la región de Latinoamérica y el Caribe. Los intelectuales –en general– fueron cómplices del adormecimiento y miedo, los pocos que aún quedan como tales no ejercieron la más mínima dirección intelectual anticapitalista, excepto a favor del régimen. Gonzalo Portocarrero sintetiza la mentalidad de esta élite cuando anota que hay que agradecerle a Fujimori por todo lo que ha hecho por el Perú, destacando la lucha contra el terrorismo y contra la inflación, complacencia que no la extiende para una segunda reelección, igual que sus amigos.¹ Ésta es la intelectualidad de las universidades Católica, de Lima, del Pacífico, de centros de investigación como DESCO o el IEP, con postgrados en Estados Unidos y Europa, que soñaron con trabajar en el FMI-BM, en la ONU o en su defecto en alguna universidad norteamericana. Son una casta que hegemonizó el pensamiento social durante tres décadas o más, en la primera década como críticos del Estado y después principalmente por su asociación al poder y al Estado. Una buena cantidad de ellos junto a otros que en algún momento se radicalizaron y formaron partidos de izquierda light o simplemente se incorporaron a la política, crearon sus ONG's familiares y de amigos, otros optaron por ser políticos de oposición bien pagados (en el Congreso enmudecieron cuando el Ejecutivo les aceptó los supersalarios, 25 mil dólares promedio, como ingreso básico). Los intelectuales hegemónicos fueron aliados y sostén del régimen; en términos intelectuales aceptaron el neoliberalismo bajo el eufemismo “globalización”, se insertaron en el pen-

samiento único liberal y atacaron furibundamente a los insurrectos. Se especializaron en democracia, en planificación estratégica, en ecología, en gobiernos locales, en tercer sector, en filantropía y algunos en la política del marketing y las encuestas de opinión, haciendo análisis o participando en las elecciones. No sólo eso, en términos más concretos apoyaron al primer neoliberal: Belaunde, a Alan García, a Fujimori, primero con su voto en la primera o segunda vuelta y después con sus ONG'S, con los comedores y desayunos populares; también como tecnoburócratas, como expertos en asuntos sociales y finalmente como estrategas de la contrainsurgencia.

Otro segmento, sin poder atar ni desatar ante los éxitos neoliberales estaba absorto en discusiones sobre sus posibles candidatos o sus propias candidaturas; otros más sofisticados y finos, conectados a las élites globalizadas, especulaban, con algo de retraso respecto a las modas regionales, sobre la posmodernidad, las instituciones, las reglas de la democracia. Los de izquierda, los más críticos, si no fueron asesinados salieron del país. Muchos de los que se quedaron aprovechando de su capital cultural, optaron por fungir como expertos en contrainsurgencia, consultores o asesores de tecnócratas o políticos. Y los menos hicieron críticas para sus círculos íntimos, bajo el terror de ser acusados de apologistas del terrorismo. Merece un párrafo especial un grupo ultraoportunista, conocido por el nombre de Patria Roja, que decía retomar la herencia discursiva de la izquierda radical y que en realidad son expertos en traicionar el pensamiento de esa izquierda y, últimamente, en fraguar planillones electorales. La antiética política expresada en partido.

El grado de alienación popular fue tal que la mejor lección deconstructiva de lo que ocurría en el poder y en el país no fueron los discursos de intelectuales o políticos que masiva e individualmente –cuando lo merecían– fueron corrompidos, sino los vladvideos. Y es ahora cuando las relaciones políticas son apreciadas por el pueblo como más complejas, y sin embargo con la sencillez del pensar electoral. Perú, en los últimos meses se ha convertido en una verdadera radiografía de la dominación, mostrando algunas dimensiones de la complejidad del poder. Lo que en los últimos años eran críticas periodísticas en La República o en algún

panfleto, al imperialismo, al neoliberalismo o a la corrupción, muchas veces no probadas suficientemente, ahora se revelaron a través de cientos de videos, junto a la podredumbre de un régimen que había organizado una poderosa mafia desde el mismísimo cerebro del Estado. Una organización dentro y fuera de las Fuerzas Armadas que capturaron y sometieron a todo un régimen y a sus instituciones para enriquecerse a través de la corrupción, el narcotráfico, el armamentismo, el tráfico de influencias, para pasar a formar parte de un sistema internacional engendrado, auspiciado y protegido desde Washington.

Y ¿por qué el apoyo de Washington? La obvia respuesta a esta ingenua pregunta radica en el carácter de la política fujimorista al servicio del poder neoliberal: la reprivatización, desnacionalización, desdemocratización, desculturización, del Estado a favor de los flujos de capital principalmente norteamericanos y de su uso exclusivo de los dominadores y en particular de su más voraz agente la especulación financiera y comercial, con su vértice en el narcotráfico, el armamentismo y el uso corrupto de fondos fiscales y de ahorros. Apenas ganó las elecciones del 90 se fue a poner de rodillas ante el Departamento de Estado y el FMI; igual ocurrió en toda la década e incluso antes de su renuncia el BM-BID tenían listos mil cien millones de dólares para cubrir el déficit fiscal. El presidente fue un buen siervo, pagó puntualmente la deuda, flexibilizó las relaciones laborales, entregó todos los recursos naturales que Estados Unidos quiso, fue buen cliente en la compra de armas (Vg. a James Eliot Stone Cohen le compró 33 millones en armas procedentes de Israel) y otros bienes, recortó el gasto social y además tuvo crecimiento económico y controló la inflación. Nunca en la historia peruana Estados Unidos tuvo condiciones tan ventajosas: costos laborales flexibles y reducidos, desregulaciones monetarias y comerciales y tasas impositivas favorables. Los “cuatro jinetes”: exportadores, inversores, banqueros y especuladores financieros y rentistas (sobre la base de royalties) son los beneficiarios de las altísimas ganancias políticamente inducidas.² Los pagos de intereses, la penetración en el sistema bancario-financiero y en las bolsas de valores, la adquisición de bancos y captación de ahorros locales y la participación en el blanqueo de narcodólares y otras actividades ilícitas, es-

tán subordinadas al capital financiero. Las renegociaciones de la deuda apalancaron las economías y crearon las bases del libre mercado y la libre convertibilidad. Los inversores comerciales, mineros y en servicios aprovecharon de la ausencia de impuestos, devaluaciones, compra de empresas, desregulación sobre la propiedad y la protección medioambiental. El Estado asume las pérdidas y las empresas trasnacionales y la burguesía trasnacional las ganancias. Las empresas latinoamericanas prefieren pagar perpetuos royalties a las trasnacionales que invertir en ciencia y tecnología. No interesa que los resultados de los países sean deprimentes, que la balanza de pagos tenga una crisis crónica y que los países permanezcan estancados.³

Precisamente, el economista Félix Jiménez, de la Universidad Católica –una de las excepciones a la regla (otros son: Aníbal Quijano, Oscar Ugarteche, etcétera), a la nefasta hegemonía de los intelectuales de la que hablábamos– nos expone nítidamente en qué se basó el éxito económico de Fujimori, quien contó con los aportes de su predecesor, al crear los fundamentos contrainsurgentes y arruinar la economía hasta tocar fondo, de tal modo que cualquier crecimiento o freno de la inflación ya era un éxito, no obstante que los fundamentos de la crisis económica nunca fueron erradicados. Así como tampoco fue erradicado del todo Sendero Luminoso y, sin embargo, se vanagloriaron de haberlo conseguido.

...los liberales de nuestro país tuvieron la suerte de contar con un escenario internacional y con el clima que favoreció el crecimiento de la producción primaria. Y este crecimiento, junto con el de la producción de no transables – como la del sector construcción–, se hizo posible únicamente por la masiva entrada del capital extranjero...

Dicho crecimiento se paralizó desde 1997:

Cuando disminuyó la liquidez por efectos de la crisis internacional, la economía entró en recesión. En otras palabras, cuando el flujo de estos capitales se frenó, el modelo económico se paralizó. Y como la política económica tampoco fue capaz de desdolarizar el sistema financiero doméstico, la presión al alza

del tipo de cambio y el encarecimiento del crédito afectaron la capacidad de pago de las empresas endeudadas en dólares y pusieron al sistema financiero al borde de una crisis general de deuda. Rota la llamada “cadena de pagos”, el modelo entró en una situación de entrapamiento.

El análisis efectuado hasta aquí revela que los límites del modelo se encuentran tanto en el patrón de acumulación y estructura del aparato productivo configurados en prácticamente dos lustros de neoliberalismo, como en la inoperancia de la política macroeconómica neoliberal del fujimorismo...⁴

En el año 2000 se configuró una situación de crisis orgánica donde la economía, la política y la conflictividad social estaban en sus límites. El capital extranjero en actividades primario exportadoras, los capitales a corto plazo, los empréstitos y la construcción, sin mercado interno consistente, no pueden sostener un crecimiento prolongado, pero sí exacerbar los desequilibrios externos, la pérdida de reservas. De esta manera, la estructura sectorial del crecimiento y el escaso dinamismo del mercado de trabajo no permiten la generación de empleo e ingresos como para reducir la pobreza por ingresos ni mejorar la política social, manteniéndose el empobrecimiento secular y agregándose nuevos contingentes y problemas en la calidad de vida de modo cíclico.

En este contexto es que como en ningún otro lugar de la región, el poder ha sido parcialmente develado; los videos objetivaron las sospechas, mostrando la eficiencia en la construcción de una sociedad de control, donde la dominación mediática –formando parte de la colonialidad del poder y del saber– logra recomponerse alrededor del llamado “pensamiento único”, legitimando los planes norteamericanos de consolidación del poder y expansión del capital en una geoestrategia compartida por los gobiernos de Clinton y Fujimori. El Gobierno de Montesinos-Fujimori, dirigido junto con la CIA y el Departamento de Estado de los EUA, preparaba los planes en el Sistema de Inteligencia Nacional y los ejecutaba con el aval de las Fuerzas Armadas a través de los poderes del Estado totalmente monopolizados por esa camarilla. La soberanía era cedida cotidianamente en forma creciente a los organismos financieros internacionales (FMI-BM), privatizando, aplicando las políticas neoliberales y recibiendo a

cambio las formas marginales de acumulación de capital, las más primitivas, el enriquecimiento ilegal y en determinados casos la posibilidad de que empresarios nacionales vinculados al sector financiero –y en casos al narcotráfico– se incorporen a la burguesía transnacional.

Había que preservar las formas y para ello estaba el estado de Derecho. Fujimori fue el portaestandarte de la “democracia representativa” y utilizaba las elecciones para legitimar la aceptación de la dominación. Llegó a su primer gobierno (1990) con la “suerte” del derrumbe de la autodenominada izquierda y el de la socialdemocracia; tuvo el apoyo del APRA y de la Izquierda Unida, de la oligarquía y la clase media, al resto de la población había que manipularla con el discurso de la paz y la estabilización, de la inserción en la globalización y en el mercado mundial. Otros discursos y prácticas sirvieron para desculturizar, imponiendo la cultura de la banalización, fragmentando el ya maltrecho tejido social, incentivando el consumismo. Incluso la autodenominada oposición nunca supo sacudirse de esas influencias. En los primeros años muchos continuaron apoyando al régimen, estigmatizando a los opositores como “ultras” y aplaudiendo la represión contra ellos.

Los medios jugaron diversas funciones: difamaban a personajes de oposición (con la información privilegiada del SIN), fueron parte de la maquinaria reeleccionista, publicitaban al gobierno legitimándolo, sirvieron como elemento de distracción con los “cómicos ambulantes” y las telenovelas, introducían la resignación con los talk show y distorsionaban o inventaban realidades como ocurrió con la lucha antisubversiva. Cuando llegaron a ciertos extremos como la campaña de desprestigio de un candidato opositor (Alberto Andrade) en la primera reelección o cuando fue descubierto el agente Faisal, ex subteniente argentino que mediante una página web trabajaba en el desprestigio de opositores, cuando las víctimas y periodistas intentaron enjuiciarlos pero el poder judicial rechazó tal pretensión. El poder se apoyaba en la “libertad de prensa” para calumniar opositores. Herencia de la guerra contra subversiva, cada día las Fuerzas Armadas asumían una batalla contra los opositores. En el campo de la información, a través del SIN controlaban algunos medios y además contaban con una prensa propia. Ingentes e ilimitados gastos se destinaban a inventar men-

tiras y en los operativos de control social, sin ningún escrúpulo, como se pudo observar en los videos donde aparece el propietario del diario Expreso o Raúl Romero, canta-autor popular de rock y representante de un conjunto musical, recibiendo millones de dólares por sus servicios.

La TV y la “prensa chicha” eran los arietes del sistema. El SIN lanzaba en sus titulares la información y los periodistas creaban y engrandecían los hechos. La DINOS (Dirección Nacional de Operaciones Sicosociales)⁵ fue creada por el SIN para responder a un conflicto externo –con Ecuador– y luego quedó para la guerra interna. Se convirtió, al agudizarse las contradicciones, en un espacio preñado de tensiones y aparecieron sus límites. Al tratar de engañar al enemigo también lo hacían con su propia “opinión pública”, al propio Gobierno y a los poderes ocultos del exterior. De otro lado el exclusivismo de la información y el poder que genera provocaron recelos y miedos de quienes estaban en el poder pero fuera de las mafias. A Baruch Ivcher y a Genaro Delgado Parker les quitaron el control de sus canales al alejarse del régimen, Radio 1160 fue decomisada por ser independiente, Canal N fue acosado por no apoyar a Fujimori en las elecciones, lo mismo le ocurrió a la agencia Imedia por revelar negociados de armas.

Han transcurrido dos décadas de operativos psicosociales contra enemigos internos y externos, y consiguieron acabar con tejidos sociales, con esperanzas y utopías, lograron deconstruir el poder de Sendero y a los sujetos colectivos rebeldes, despolitizar y aterrorizar, alienar y silenciar. Perú vivió una psicosis que paralizó sindicatos y gremios. Hubo miedo de hablar, de protestar, de reclamar por los derechos humanos. Las leyes contra la apología de la violencia y el terror fiscal fueron dos instrumentos para crear pánicos enfermizos. Se instaura un autoritarismo sin límites donde la maquinaria mediática ocultaba el uso de la fuerza y el clientelismo patrimonialista escondía la economía delictiva; el sometimiento mental velaba el tráfico de influencias, la tortura, el amedrentamiento, la censura y manipulación. El resto de los contenidos mediáticos en los diarios o la TV estaban regidos por las leyes del mercado, creando una confusión entre el ver y el saber, entre el mensajero y el mensaje.

Los medios atrapan al público domesticado por el mercado y les imponen el estilo de vida de los ricos, impulsa el sueño americano. La tecno-

fascinación conecta la razón instrumental a las pasiones personales, a la paradoja de la abundancia de información con el ataque a la educación y la cultura, a la multiplicación de signos en una sociedad con déficit simbólico, un exceso de comunicación con la desaparición de lo público, la profusión de imágenes con la escasa experiencia. El resultado es la incomunicación social y el enmascaramiento de la realidad social.⁶

El imaginario peruano estuvo atrapado durante este periodo en el juego de las violencias y sus imaginarios, del consenso y el disenso; la memoria afectivo-social de su cultura y los substratos ideológicos han condicionado una producción de sentido definida por el pánico, el miedo, el riesgo. Las ideologías y utopías populares comenzaron desde el inicio de la guerra (1980) a ser moldeadas por la polarización social y el miedo a ambas fuerzas, las de Sendero y las del Estado.

Después de la derrota de Sendero (1992) el Servicio de Inteligencia Nacional se encargó de dar continuidad a esta visión del mundo a través del terror de Estado; el uso social de las representaciones e ideas por los psicólogos sociales fue exitoso en tanto modelaron las conductas y estilos de vida. La rebeldía perdió terreno cotidianamente y la conciencia comenzó a retroceder al mismo ritmo de la recreación de sentidos de símbolos, alegorías, mitos y rituales referidas a las mínimas demandas y a la construcción del miedo social. La desinformación, el engaño, la desculturización de la sociedad mediante el uso de los medios rompieron con la imaginación revolucionaria e instauraron la fantasía de la paz de los sepulcros, la alineación creada por un solo flujo comunicacional. Las pulsiones subjetivas de la dominación iban acompañadas de presiones objetivas de una institucionalidad antisubversiva en la que colaboraban el Ministerio de la Presidencia y las ONG'S e intelectuales para construir nuevas finalidades en los procesos sociales. Las Fuerzas Armadas y los poderes del Estado se encargaban de implementar las políticas neoliberales aplicando leyes y controlando la subordinación mediática y las instituciones de la "sociedad civil" elaboraban los valores simbólicos encargados de recubrir la coerción. Las Fuerzas Armadas con la asesoría de la CIA, crearon un engranaje capitalista que englobaba macropoderes y micropoderes para definir y capilarizar un imaginario colectivo apoliticista y consumista.

Las universidades y las comunidades urbanas y campesinas fueron ocupadas por las Fuerzas Armadas y las ONG'S, respectivamente. Los barrios y los pueblos quedaron adscritos a una política clientelar que manipulaba sus demandas y liderazgos y los sectores más organizados fueron sometidos por la muerte o la cadena perpetua. A tal punto lograron difundir la creencia de que se vivía en una democracia que muchos llegaron a pensar que no era posible vivir en una sociedad distinta. Un Estado más poderoso que el precedente aplicó un autoritarismo económico que, sin embargo, encubría el papel de los factores no económicos y el poder de lo económico. Al mismo tiempo que relacionaba las dos partes de la economía, establecía el marco de la dominación en otras esferas, favorecía el desarrollo de una burguesía transnacional y desarrollaba una capacidad corruptora que, como una pirámide, se difundía en todas las capas administrativas de la sociedad.

Nunca descuidaron los espacios institucionales, contaron con un sistema político con partidos deslegitimados, abierto a los movimientos creados regularmente por el Estado (Cambio 90, Nueva Mayoría, Vamos Vecino) y regulado por organismos electorales que evitaban, mediante la aceptación de fraudes, la consolidación de la oposición; un parlamento que se redujo en número a una quinta parte al tiempo que le multiplicaron los salarios lo suficiente hasta que desaparezca la oposición; y, un poder judicial que trituraba la justicia. Un moderno sistema de dominación que desintegra tejidos sociales, impulsa las desidentidades, promueve expectativas, actitudes y demandas consumistas; incentiva los olvidos y aplasta subjetividades y conciencias. A la vieja sociedad disciplinaria se agrega la sociedad de control, que reabsorbe demandas, lenguajes, símbolos y mitos; pero que sin embargo tampoco tiene mucho que ofrecer en términos duraderos, y menos una legitimidad que apoye la resignación.

En Perú concurre un ingrediente singular –pero no único–, se trata del “achoramiento”, de la viveza criolla que de los sectores marginales, delincuenciales se va trasladando al centro de la urbe y a los personajes en el poder. Como señala Oswaldo Medina, en la versión de una revista es “...el ‘achorado’ de la sociedad de mercado, que irrumpe vestido de cuello blanco con una estrategia más violenta e ilícita donde la infideli-

dad, el prevaricato, la defraudación, la estafa, el soborno y el desfalco, entre otros males, son el pan de cada día".⁷ Está hablando de individuos ambiciosos, cínicos, torpes y prepotentes encarnados en funcionarios, en la clase política y en el mismísimo presidente; pero también merecen este calificativo las políticas de algunas empresas, empresarios y otros personajes. Empresas: Edelnor, Luchetti, Sedapal, Telefónica del Perú, Mutual Perú, Clae, Refisa; empresarios: el dueño del Banco de Crédito Dionisio Romero, el hoy cardenal Juan Luis Cipriani, el ministro Carlos Boloña, el Premier Federico Salas, la animadora de talk shows Laura Bozo, el asesor Vladimiro Montesinos, los parlamentarios tráfugas del tipo Luis Cáceres o Alberto Kouri, la ministra de la Mujer, Luisa María Cuculiza, el dueño del diario Expreso: Eduardo Calmell del Solar, jefes militares, yuppies, etcétera. De ellos y muchos otros se podrían relatar anécdotas que los exponen en demostraciones de ejercer un poder sin límites, avasallante, indetenible ante cualquier obstáculo contando con el aval y la protección de las Fuerzas Armadas. El uso del terror y el miedo por una verdadera maquinaria de poder y la inducción de una representación mental que unificaba Fujimori=estabilidad conformaban el marco en el que se permitía el chantaje, la violencia física y social, la gestión pública del interés privado.

En estas redes de poder no sólo estaba la CIA, representada por militares en el SIN (como después veremos), también concurría una de las más nefastas logias de poder el Opus Dei que desde la España franquista se afincaba en Perú desde hace más de tres décadas a través del diario La Prensa, la Universidad de Piura (cuyo actual rector es el español Ricardo Mabres), el Banco de Crédito (financiadores de La Obra, como en sus tiempos el Banco Popular de España. Durante los gobiernos militares de Juan Velasco-Francisco Morales Bermúdez (1968-80) y en el de Alan García (1985-90) la expansión de este inmovilismo conservador se estanca y sacan lecciones para la última década. Desde 1990 penetran en los cargos públicos y se aferran al poder político. La estrategia fue apoyar a la dictadura y tomar posiciones de mando. El actual cardenal asciende de vicario de la Prelatura a obispo. Se enquistan en el diario El Comercio de la Familia Miró Quesada a través del sacerdote Joaquín Diez, hasta lograr

su control. Ingresan al Congreso encarnados en Rafael Rey y Martha Chávez (Cooperadora de la Obra de Dios). Ocupan el Ministerio de Educación con Federico Prieto o con Federico Salas implementando la persuasión coercitiva o tecnología de manipulación de las mentalidades, de las debilidades y susceptibilidades psicológicas.

Cuando cae la dictadura no pierden el tiempo y aparecen apoyando a Unidad Nacional con Lourdes Flores a la cabeza. Por relaciones indirectas se podría inducir que el escritor y periodista Jaime Bayly tiene vínculos, pues su madre es miembro supernumeraria.⁸

Otro grupo social importante en el sostenimiento del poder son los tecnócratas, los yuppies, los intelectuales de centro, de izquierda y de derecha que asesoran, consultan, ofrecen desde inocuas estrategias del marketing o encuestas de opinión, hasta políticas antisubversivas. Manejan ONG's, crean comedores populares, distribuyen alimentos, son expertos en género, en comunicación social o en análisis político, cuando no en poder local, en medio ambiente o en planificación estratégica. En fin, son quienes pragmáticamente están siempre cerca del poder y aunque critican el neoliberalismo son sus sostenedores más eficaces. Estos racistas y defensores de la paz terminan defendiendo la propiedad privada y las prerrogativas de los altos funcionarios, las jerarquías y el statu quo.

La democracia ha existido en el Perú, sólo así es posible hablar de su reconstitución o de la redemocratización del Estado y de la vida política institucionalizada del país, como lo hace Aníbal Quijano. Creemos que estamos mezclando la realidad social con las ficciones academicistas; ahora bien, si nos preguntamos ¿qué régimen político existía en el Perú?, siendo consecuentes con los propios escritos de Quijano, diremos que el Estado peruano es producto de la colonialidad del poder y del saber, su existencia es sólo una respuesta a las necesidades internacionales del capital, es un ente que siempre ha carecido de autonomía y soberanía ante el imperialismo, que es y ha sido escasamente representativo y ha usado las elecciones más como instrumento de legitimidad, legalidad y dominación; donde la sociedad no se ha democratizado, la ciudadanía es una farsa al segregar y excluir a la mayoría indígena; donde el Estado de Derecho y la justicia han sido una ficción ante el uso de la violencia objetiva y subjetiva

como mecanismo principal de subalternidad. Estamos frente a un Estado donde nunca se han separado lo civil y lo militar y las Fuerzas Armadas son el referente obligado para gobernar, donde la sociedad civil no llegó a consolidarse ante los militares. Perú es una de las sociedades donde las relaciones sociales han estado y están marcadas por la desintegración étnica y geopolítica, por la clasificación racista entre sus habitantes, por la ausencia de un imaginario colectivo, por la conflictividad y odios permanentes, por la desidentidad profunda que alude a una sociedad imaginada. Lo que unifica a este país son las Fuerzas Armadas y símbolos patrióticos alejados de la racionalidad. Hay veces en que brillantes intelectuales son influidos por el debate académico, por los intelectuales oficiales en el medio y no queremos asumir nuestras categorías para examinar una realidad tan inédita como muchas otras.

Cuando Quijano establece los rasgos del régimen fujimorista, señala que éstos son: la concentración del control del Estado por una asociación de las Fuerzas Armadas y una tecnocracia política sometida a aquéllas; un aparato militar civil –el SIN– que es el instrumento central de gobierno de esa asociación y mecanismo de terror; destrucción de las instituciones políticas y la construcción de otras como instrumento de control político; control corrupto de los medios; uso discrecional de los recursos del Estado; práctica sistemática del fraude electoral; uso de la violencia por un aparato político de control y desarrollo de una vasta red mafiosa. La mafia contando con la alcahuetería norteamericana (OEA, FMI), crea un régimen dictatorial nuevo e inédito, por su carácter despótico y parafernalia demoliberal, que puso al Estado al servicio del capital trasnacional. Anota, por último, que la OEA está tramada por los mismos intereses que el fujimorismo, de allí su comportamiento.

No sabemos a qué institucionalidad democrática se refiere Quijano, veamos lo que ocurrió en los últimos cincuenta años para contradecirlo. ¿O es un periodo muy breve? Este medio siglo nos muestra que así como las instituciones cambiaron radicalmente en esta ominosa década; igual ocurrió desde 1948-1956, presidida por una dictadura militar, que fue “interrumpida” cuando entre 1956-1968 se produjo cierta transición que fue frustrada al interior del ciclo por los militares. Luego el periodo 1968-

1980, con dos gobiernos militares con distintos proyectos y donde cada cual cambió totalmente la institucionalidad. En 1979 Perú tiene una nueva Constitución que podría haber modificado la institucionalidad y la vida política si el país no se hubiese militarizado, pues en 1980 comienza una guerra interna con la aparición de Sendero Luminoso que dura casi tres lustros. En los dos primeros los militares tendrán cada vez más la dirección política del país, a pesar o no de los gobiernos civiles. Podemos afirmar que todos los cambios institucionales de esta década estuvieron asociados a la contrainsurgencia y la presión colonial.

Lo que queremos decir es que la historia contemporánea del Perú no está marcada por la desdibujada modernidad y la ilegítima democratización, como dicen varios destacados intelectuales peruanos incluyendo a Quijano, sino por la dominancia de una marcada inestabilidad y conflicto, interrumpida por ciertos tiempos de equilibrio cívico militar. Los mapas institucionales cambiaron constantemente y en ningún momento se pudo hablar de transición democrática. Ése es un invento de intelectuales que colocaban a la teoría por encima de la realidad.

Lo que tampoco hay que olvidar es que si bien hay una izquierda orgánicamente ausente ella está potencialmente presente en amplias multitudes, a la deriva, confusa, sin siquiera candidatos que llenen el vacío de por quién votar. Seguramente hasta sujetos de la derecha habrán pensado en llenar ese espacio. Se impone la necesidad de nuevas formas de hacer política de izquierda y creemos que tendrá que objetivizarse si se crean las condiciones para ello. La izquierda ha venido abandonando ideas y proyectos, liderazgos y ética, en la medida en que se iba involucrando en la política oficial.

La emergencia de los frentes regionales y la necesidad de gobiernos autónomos son muestra de una política para medir el abandono al que hacíamos referencia y las vicisitudes a la que estuvo expuesta al ser adoptada por la mafia pero caricaturizada, primero por las necesidades contrainsurgentes y después por las necesidades autoritarias.

En marzo de 2000 se produjo un paro cívico nacional protagonizado por los frentes regionales y los campesinos, que paralelamente realizaron una marcha nacional; acciones precedidas por las jornadas del año ante-

rior, de grandes protestas contra la reelección. Detengámonos en este movimiento y la marcha de los cuatro suyos. Los puntos centrales de la plataforma de estos frentes a fines de enero del año 2000 eran: la elección de las autoridades regionales simultáneamente a los comicios generales, presidenciales y parlamentarios; la defensa de la soberanía y del territorio nacional; el cambio de la política económica, rechazo a las privatizaciones y el apoyo a los productores agrarios; por una política social y defensa de los derechos humanos. El 22 de enero de 2000 los frentes de defensa, los frentes patrióticos, comités cívicos y asambleas regionales emitieron un pronunciamiento donde en resumen plantean:

1. Rechazo a la reelección, a la política neoliberal de Fujimori y a las consecuencias sociales de ésta. Contra el atropello de la soberanía e integridad territorial, las privatizaciones, el autoritarismo militarizado, el atropello a las libertades y los derechos ciudadanos y la corrupción generalizada.

2. Después de estas propuestas políticas democráticas, sintetizan sus demandas en: a) descentralización y autonomía, b) defensa de la soberanía e integridad territorial, c) convocatoria a elección de autoridades de gobiernos regionales autónomos, d) vigencia de libertades y derechos democráticos, e) inversión de recursos públicos en desarrollo regional, f) lucha contra la corrupción, g) generación de empleo y trabajo, h) defensa del patrimonio nacional, del agro y de la propiedad, i) defensa de la vida, del medio ambiente y de la producción frente a la irracional producción minera.

3. Convocan a la población civil a la resistencia y auspician el diálogo con las fuerzas de oposición.

Lo suscriben 17 organizaciones de 16 departamentos (de un total de 25) y en el paro participaron ellos más las organizaciones de los trabajadores, estudiantes, pobladores. Fue un éxito rotundo pero finalmente canalizado como movimiento ciudadano; la autonomía de los movimientos regionales se perdía en la política. Bajo la argucia de que, si bien reconociendo que sólo se resuelve lo regional o departamental o las demandas de los trabajadores y los intereses populares, a través de un cambio de gobierno; estas demandas particulares desaparecieron. La marcha de los cuatro suyos, de sindicatos, frentes regionales, universidades, comunida-

des indígenas, junto a gremios profesionales, clubes de madres, bases partidarias, gente acomodada, desde los cuatro puntos cardinales, multiplicó lo esperado y fue una gran movilización nacional y, sin embargo, expropiaron las demandas populares a favor de una amorfa sociedad civil, de una borrosa e indescriptible ciudadanía. La mejor prueba de lo que afirmamos está en lo que pudimos observar tras la gran marcha.

Después de la marcha la población en general quería desahogarse y expresar su repudio al orden social y político, al FMI-BM, a los partidos y movimientos en el poder, a los políticos y tecnócratas, al régimen, al tipo de sociedad excluyente y racista. Y, después de los videos: a los tráfugas, a las mafias dirigidas por Fujimori-Montesinos, a los militares, al SIN, a los altos funcionarios, a los tecnócratas, y a los medios. Las protestas aparecían en las barriadas, en las universidades, entre las mujeres, los artistas. Tomaron distintos nombres Colectivo Amauta, El Ágora, La Resistencia, Orwell, Colectivo Sociedad Civil, Red Democrática, Frente Democrático Nacional de Mujeres, etcétera. Un rasgo común será la búsqueda de espacios públicos, la reivindicación de lo colectivo, la relación horizontal, la creatividad, la afinidad de clase o actividad, el multipartidismo.

La Resistencia emite un pronunciamiento el 17 de abril de 2001 en el que felicitan el comportamiento de la ciudadanía por haber rechazado el caudillismo y el continuismo mafioso aliado a sectas secretas. Demanda a los dos candidatos que se pronuncien sobre: 1) la ética nacional y la juridicidad, 2) la participación ciudadana en la pública develación acerca de los derechos humanos, 3) rechazan la impunidad de los actos de corrupción, traición a la patria, violación de los derechos humanos y conspiración por los grupos de poder, 4) depuración y reorganización de las deshonradas Fuerzas Armadas y Policiales, 5) eliminación de carteles y monopolios creados bajo la corrupción, y de la intromisión extranjera en la vida política nacional, 6) restablecimiento de una política exterior nacionalista y patriótica, 7) reconocimiento de espacios e instituciones de la sociedad civil y control ciudadano directo, 8) responsabilidad social y cultural de los medios y 9) planificación del desarrollo sostenido sobre la base de un proyecto de país.⁹

Son una expresión de que la resistencia al neocolonialismo viene redefiniéndose y adquiriendo continuidad y radicalismo. Se necesitan acciones de lucha democrática desde abajo que comprometan a multitudes de departamentos y regiones. El Frente Patriótico de Loreto decretó la expulsión de la CTAR y del Jefe de la Región Militar sin ningún temor. Los estudiantes universitarios de la Universidad Villarreal tomaron la universidad y expulsaron a la Comisión Interventora. Los movimientos regionales, los colectivos ciudadanos y los jóvenes estudiantes concentran la potencialidad rebelde por la dignidad. Sin embargo, creemos que éste es el comienzo del destape de una olla a presión sellada por el terror. Los trabajadores querrán recuperar sus derechos perdidos comenzando por el empleo y los salarios; existen movilizaciones de profesores universitarios y del magisterio preuniversitario despedidos por la dictadura. El movimiento popular tiene la necesidad de rearticular a las madres de comedores y del vaso de leche, las demandas de autonomía y recursos del poder local, las protestas de las comunidades nativas y campesinas junto a los cocaleros y la CCP, pobladores y prestatarios. Recordemos que 54% de los pobladores está ubicado bajo la línea de pobreza; los segmentos E con un ingreso mensual menor de 60 dólares y el D con menos de 230, han aumentado en la década Fujimori junto a una mayor desigualdad y estancamiento regional. No obstante la democracia hoy no es un problema solamente de los pobres, es un proyecto antagónico al capitalismo; no es sólo un problema de elecciones y votos, es un problema del poder.

El Colectivo Sociedad Civil mostró mayor radicalidad y defendió principios y neutralidad democrática. Propone que si no hay una consecuente persecución de los crímenes cometidos por la dictadura, se instauraría una democracia sobre bases endebles. De lo que se trata es de modificar el sentido común cultural de la época. Muchos de ellos proponen votar en blanco para anular la segunda vuelta, mientras la población se prepara para un voto responsable y conciente. Por su lado el Colectivo Amauta – éste sí radical – considera que no están de acuerdo con el neoliberalismo que ofrecen ambos candidatos, que la llamada representatividad no existe si la masa y las clases son amorfas, que las promesas incumplidas

pueden originar una inusitada violencia y que es necesario reconstruir la historia de los vencidos.

Explicarnos estas situaciones nos conduce al racismo y a la colonialidad del saber. Coincidimos con Quijano en la idea de que la idea de raza es “con toda seguridad, el más eficaz instrumento de dominación social inventado en los últimos 500 años”, y que como resultado de la dominación colonial moderna aún permanece unida a las necesidades del poder. Con esto queremos decir que la descolonización del saber y la deconstrucción de la dominación debe arraigar en los pueblos indios reindianizados y en sus intelectuales. Desarrollar este proceso requiere luchar por la autonomía de los pueblos indios, que incluye la política e intelectual.

¿Qué hacer? Reconstruir los tejidos sociales más sanos y críticos, rebeldes y democráticos, para cambiar las relaciones profundas de la sociedad y redistribuir el poder entre todos, manteniendo el poder, la soberanía, la autonomía en el pueblo peruano.

NOTAS

¹ Gonzalo Portocarrero, en *Caretas*, Lima, 3 de febrero de 2000.

² Baste saber que el 20% de las exportaciones de las ochenta empresas más importantes de los EUA, tienen como mercado a Latinoamérica.

³ James Petras, *Las relaciones USA-Latinoamérica*, ALAI 315, 5-09-00, en WWW. ALAI.

⁴ Félix Jiménez, “El modelo neoliberal peruano: límites, consecuencias sociales y perspectivas”, Cap. VII del libro *El ajuste estructural en América Latina*, 2000, WWW. Clacso.org, p. 165.

⁵ En Colombia las Fuerzas Armadas crearon el departamento E-5, con la asesoría de expertos en comunicación, con ingentes recursos y conectados a la prensa grande. Produce información y forma expertos en opinión pública.

⁶ En “Aplanadoras desculturizadoras o transculturizadoras”, tomado de *Voz*, edición 2017, 6-19 de octubre de 1999, <http://burn.ucsd.edu/>, podemos leer: “Denominaré a la primera tecnofascinación, pues ella alía la fascinación tecnológica al realismo de lo inevitable. Se traduce de un lado, en una ‘cultura del software’ que permite conectar la razón instrumental a la pasión personal y, de otro, a una multiplicidad de paradojas densas y desconcertantes: la convivencia de la opulencia

comunicacional con el debilitamiento de lo público, la más grande disponibilidad de información con el palpable deterioro de la educación formal, la continua explosión de imágenes con el empobrecimiento de la experiencia, la multiplicación infinita de los signos en una sociedad que padece el grande déficit simbólico. La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica disocia la sociedad en 'sociedades paralelas': la de los conectados a la infinita oferta de bienes y saberes y la de los excluidos cada vez más abiertamente tanto de los bienes más elementales como de la información exigida para poder decidir como ciudadanos. La tecnofascinación contiene también a esa cultura de la privatización que ha convertido la política en intercambio y negociación de intereses y al mercado en el principio organizador de la sociedad en su conjunto, en un movimiento de auto legitimación que hace coincidir la autonomía del sujeto con el ámbito de la privacidad y del consumo.

⁷ Caretas, revista semanal, núm. 1635, Lima, 7 de septiembre de 2000.

⁸ Román de la Fuente, "Historia secreta del Opus Dei en el Perú", en Diario Liberación, Lima 30-03-2001, p. 16.

⁹ El Comité Fundador de la Resistencia, Pronunciamiento, Lima, 17-04-2001, enviado por Red Democrática.